



## La mirada antropológica de Alejo Carpentier

colonialismo. Como se sabe, en la narrativa de Carpentier el significado y la presencia cultural de crírica en el Nuevo Mundo es una constante que aborda desde distintos planos, a partir de *¡Écœu-Yamba-O!* (que en lucumí significa "Dios se alojó"). En una amplia perspectiva contextual, *El reino de este mundo* (edilada en Madrid en 1949) es resultado del proceso de acercamiento a la negritud que se opera en los intelectuales cubanos de la generación a la que pertenece Carpentier, surgida a la vida pública en la década de 1920 a 1930. La presencia del vodú en esta obra ha sido examinada por diversos estudiosos, entre los que destacan Graciela Maturo, Ernesto M. Barrera y Emma Susana Speratti-Piñero. La íntima conjunción de la acción histórica y de la religiosidad popular es recreada en la figura de Mackandal, el mítico hungar (sacerdote vodú) que encabezó la insurrección haitiana de 1757, como bien lo indica Maturo.

En opinión de Barrera, "la pintura del universo narrativo" en *El reino de este mundo* es de una materia religiosa: el vodú y sus sacrificios rituales". Asomarse al "plano más profundo" de esta novela sólo es posible después de que "el lector se adentra en las creencias del vodú y el carácter y atributos de los loas" (divinidades, espíritus), de acuerdo con la aguda observación de Speratti-Piñero.

Es evidente que mis desiguales y diversos abordajes analíticos de la obra de Carpentier denotan la subrayada presencia que tienen en ella las reflexiones de matriz antropológica, acaos sembradas en sus años juveniles, cuando el genial novelista tuvo contacto fraternal con Fernando Ortiz, antepasado fundamental de la etnología cubana. Época en que se exaltaron los valores de la negritud y en la que nacería "la tendencia afrocubanista, que durante más de diez años alimentaría poemas, novelas, estudios folklóricos y sociológicos", como el propio Carpentier lo anota en su ensayo *La música en Cuba*.

En este nuevo y esquemático abordaje, mis apreciaciones deben entenderse considerando la atención que Alejo Carpentier dedicó a las relaciones entre los productos culturales de Nuestra América, con sus paralelos próximos y distantes, observados siempre en una perspectiva ecuménica, precisamente la perspectiva que define el quehacer antropológico. Fueron ellas un rico insumo para sus fantasías y reflexiones que vinculan las civilizaciones americanas con los veneros etnoculturales del Viejo Mundo.

El acercamiento a las reflexiones antropológicas de Carpentier se facilita examinando su ensayo magistral *Problemática de la actual Latinoamérica*, en el que define los contextos es decir, las realidades básicas del continente, que obedecen a reglas propias y lluyen de "afuera hacia adentro". Los contextos refieren a diferentes direcciones: sociales, económicas, telúricas, políticas, ideológicas, etc. Menciona, en particular, la historia cultural, considerando que a este contexto corresponden "supervivencias de animismo, creencias, prácticas muy antiguas (...) esencias culturales remotas cuya existencia se vincula con lo universal-sin tiempo...".

Carpentier otorga especial importancia a la metamorfosis y síntesis culturales (los sincrétismos) en la demarcación sustancial de los diversos contextos. En esta línea analítica explica las vinculaciones americanas con los aluviones culturales del viejo mundo. Afirma: "sentimos la presencia greco-mediterránea en un verbo de muy añejas resonancias, como don Fernando Ortiz halla en el Changó de la santería cubana una auténtica repercusión milicia y formal de Labrío de Creta (...) sincrétizada con la Santa Bárbara del santoral cristiano, ejerciendo oficios que son los mismos del Tlaloc mexicano".

En efecto, la perspectiva antropológica advertida en las reflexiones de Carpentier lo sitúan más allá del estrecho localismo y del mimetismo, tendencias ideacionales que, como bien lo advirtiera Roberto Fernández Retamar, son expresiones inherentes a la óptica de la colonización. Ciertamente, "en la obra de Alejo Carpentier nuestra cultura inmediata dialoga, en voz alta, con la cultural universal".

"Los confines del hombre", "la noche de las edades", son frases con las que Carpentier gustaba subrayar la complejidad del quehacer antropológico, animado siempre por enigmas y puntos ciegos. Destaca su afición por temas arqueológicos y etnológicos presentes en los textos periodísticos que tuvo el honor de compilar. Me refiero en particular a sus comentarios sobre la arqueología submarina: el gobierno del inca Cápac Apu; la ciudad de la Reina de Saba; los hallazgos de la cultura helénica en el norte de Francia; la aplicación del carbono 14; la civilización mesopotámica; las excavaciones de Cartago; la gran pirámide de Egipto; los monolitos

del valle de Taravo (Córcega); los estudios de George Dumézil y Claude Lévi-Strauss; las investigaciones de Samuel Noah Kramer sobre los Sumerios; el arte rupestre del desierto del Sahara; el templo maya de Esna; la cultura Olmeca; la ciudad de Monte Albán, etcétera.

Esta vera del pensamiento carpentieriano merece un cuidadoso y detallado estudio que debe abarcar, necesariamente, su obra literaria, empezando por *Los pasos perdidos* que, en mi opinión, constituye su respetuoso y emocionado homenaje a los pueblos autóctonos de América. Para sustentar su visión sobre el intrincado proceso cultural presente en esta novela, Carpentier recurre al conocimiento antropológico. Es así que el personaje central apunta:

"(...) de peldaño en peldaño, llegando a las vitrinas de los rascadores, hachas, cuchillos de silex, en cuya orilla me detenía fascinado por la noche del magallanense, solitrense, prechelense, sintiéndose llegado a los confines del hombre, a aquél límite de lo posible que podía haber sido, según ciertos cosmógrafos primitivos, el bosque de la tierra plana, ahí donde asomándose la cabeza al vértigo sideral del infinito, debía verse el cielo también abajo".

En la obra de Carpentier, la tarea civilizadora de las culturas precolombinas no ha concluido. La fuerza prodigiosa de sus cosmovisiones, la riqueza polisémica de su arte, la dinámica (en permanente metamorfosis) de sus mitos, en suma, el perseguido cuerpo de tradiciones y valores que ha enfrentado por más de medio milenio el colonialismo, cumple un papel fundamental en la definición del ser y del quehacer de nuestras naciones. Desde esta perspectiva, su proyecto humanista es una aportación fundamental; contribuye a la definición del ser y del quehacer de nuestra América, y es una formulación de gran aliento, un referente imprescindible para escapar del laberinto (ya no mítico, sino crudamente real) que representa estar prisioneros en la trampa de nuestra propia historia.

En las reflexiones de Carpentier están presentes experiencias culturales que remiten tanto a lo autóctono como a los aportes hispánicos, y muy especialmente a las resultantes sincréticas. Para Carpentier:

"... toda simbiosis, todo mestizaje engendra un barroquismo. El barroquismo americano se acrece en la criollo, con el sentido del criollo, con la conciencia que cobra el hombre americano, sea hijo de blanco vendido de Europa, sea hijo de negro africano, sea hijo de indio nacido en el continente".

"... Con tales elementos en presencia, aportándole cada cual su barroquismo, entroncamos directamente con lo que yo he llamado "lo real maravilloso".

La enorme riqueza cultural de México es uno de los epicentros que Carpentier elige para tejer sus reflexiones en torno al barroco y la identidad americana. La comparación de los monumentos arqueológicos mesoamericanos con el barroquismo alcanza su punto culminante cuando se refiere a Milla. Después de mencionar brevemente las características barrocas de la monumental escultura de Coatlícuac (magistralmente estudiada por Justino Fernández, desde la perspectiva simbólica de la cosmovisión autóctona), indica:

"... hay, a mi juicio, y siempre lo citó como ejemplo, lo que considero como la magnificación del barroco americano que es el templo de Milla. El templo de Milla se encuentra en Oaxaca y nos presenta, en una lachada maravillosamente equilibrada en sus volúmenes, una serie de cajones del mismo tamaño en la que en cada uno se desarrolla una composición abstracta distinta a la anterior; es decir, no se trabaja ya por simetría; cada uno se los cajones es céduela proliferante de una composición barroca -son dieciocho los cajones-, que se inserta en un conjunto general barroco".

Guiado por las ideas de Eugenio D'Ors (quien consideró el barroco "una suerte de pulsión creadora que vuelve cínicamente a través de toda la historia de las manifestaciones del arte"), Carpentier ve en Milla elementos de esa constante humana y por ello no duda en comparar sus valores estéticos con los contenidos en composiciones de Beethoven y Schönberg. Desde esta posición totalizadora, más allá de los puntos de coincidencia o divergencia que mantiene respecto de las opiniones de los especialistas, dejó constancia de un esfuerzo analítico que trasciende los perímetros estrictos de la disciplina al situar el tema en un campo fronterizo en el que estética, historiografía y antropología (en su más amplia acepción) concurren al debate. Por otra parte, esta visión carpentieriana trabaja en contra de los

estrechos criterios localistas, regionalistas o de especialización extrema, que tanto daño ha causado a la arqueología. Los hechos, su significación, el sentido cultural y estético que les es inherente, se comparan en las amplias pantallas del devenir y la geografía universales, atisbo global que se proyecta siempre a partir de la propia tierra, con los pies bien alianzados en el contexto telúrico. Ejercicio superior que parece repetir que la verdadera creadora de las formas, la gran portera de las ideas, es la imaginación. Pensamiento que conduce a razonar con Baudelaire cuando decía, convencido, que:

"La poesía es la más científica de las facultades, ya que resuelve las grandes analogías".

Carpentier confronta los estrechos cauces de la razón positivista con los ámbitos infinitos de la imaginación popular, que se nutre en el mito y el quehacer cotidiano. La perspectiva histórica presente en su obra es ajena a la camisa de fuerza del cartesianismo, que asegura el triunfo del signo sobre el símbolo. Como se sabe, los cartesianos rechazan la imaginación y la sensación en tanto medios de conocimiento, considerando que inducen al error. Esta rígida postura les lleva a la evidente desvalorización de los símbolos presentes en la historia de la civilización occidental.

Más allá de los textos crípicos que celebran a contrapelo su centenario alisando con dolo en sus debilidades humanas ("La más notoria de ellas, producto de lo mejor de su dudosa prosaería, es la mentira", afirmaría al desgarrarse González Echevarría), Carpentier es una de las figuras indiscutibles de la literatura de Nuestra América. Creador singular, explorador sobresaliente de la semántica del tiempo y el espacio.



Félix Báez-Jorge (Xalapa - México, 1945). Antropólogo. Asesor del Instituto Indigenista Interamericano. (Revista Archipiélago)

47 En el centenario del nacimiento de Alejo Carpentier